

CRÓNICA CIENTÍFICA Y LITERARIA.

ARTÍCULO REMITIDO.

Señor Editor: ¿será cosa de que nos vuelvan locos todos los días con paparruchas extravagantes, y que impostores tan descarados como sandios renueven hoy las supercherías de don Rafael y de Lamela, de que el autor de Gil Blas nos hace una pintura tan entretenida? Podrá ser que en el siglo XIX., en medio de una corte populosa se piense aun prosperar con tales medios, y aterrar con ellos á las almas débiles, y hacer reír á las apáticas, y llenar de indignación á las fuertes? Yo, señor Editor, confieso mi pecado, rabio con lo que otros rien; las ridiculeces y extravagancias de la especie humana me divierten, cuando á nadie ofenden; pero me irritan cuando perjudican; y si río cuando veo á un avaro acostándose sin luz por economizar un cuarto ó un ochavo, ó á un literato contando con la buena fe de un librero, ó á un poeta fatuo pavoneándose al recitar sus miserables versos, me indigno al saber que charlatanes groseros, abusando de nombres sagrados, fingiendo misiones celestiales, comparándose con los varones insignes encargados en distintos tiempos de anunciar á la tierra las voluntades del Altísimo, andan esparciendo rumores absurdos, pronosticando catástrofes ridículas, y estafando á los incautos y á los pusilánimes.

Vd. conoce sin duda, señor editor, que hablo de ese famoso peregrino y su colega, según los cuales del 15 al 20 del presente mes, ó del 20 al 25, ó el día de la Virgen (pues lo que es en esto, no se está perfectamente de acuerdo) debe un acontecimiento singular (en orden al cual tampoco se está convenido, y no se sabe aun si será hundimiento del suelo, aguacero, tronada, ó cosa que lo valga) acabar con este pobre planeta que habitamos, cumpliéndose de este modo el decreto de los hados, anunciado por Ovidio:

..... affore tempus,
*Quo mare, quo tellus, correptaue regia cœli
Ardeat, et mundi moles operosa labore.*

Estos danzantes, haciendo, no esta hermosa indicación poética, ni las sublimes profecías religiosas, contenidas en los libros
10. trimestre.

santos sobre el fin del mundo, sino una predicción ridícula y estrafalaria, han vuelto las cabezas por ahí á mas de cuatro, á pesar de que en la apariencia los vea vd. burlarse de tal anuncio. Por regla general me parece que puede vd. considerar como que cree la soñada catástrofe á todo aquel que diga seriamente; "por ahí lo dicen; pero yo me río", pues ya he oído esto á muchos, y á renglón seguido preguntar por el religioso ó por la monja, á quien el peregrino y su apoyador refieren el origen de la noticia. En esta situación, ínterin la autoridad, atendiendo el estado de las cabezas de ese par de ilusos, los envía á Zaragoza ó á Melilla, pareceme que es obligación de todo hombre de bien llamar la atención de público sobre acontecimientos de esta naturaleza, y fortificar los espíritus contra estos extravíos de la razón de dos miserables, ó contra estos ataques de su mala fe, de su holgazanería, ó de su ignorancia.

El anuncio del peregrino y su compañero no es originalmente de ellos; hace algunos meses que fanáticos desocupados lo andan propalando, y algunos días que ese rumor despreciable ha adquirido consistencia, de resultas de la aparición de no sé qué estrella, que se vé, ó se asegura ver sobre la Moncloa. Esta estrella se ha calificado de cometa, no sé si con razón ó sin ella, y como á este nombre de cometa sabe vd., señor editor, que fruncen el hocico gentes muy graves, de aquí los progresos que han hecho las paparruchas del peregrino. Yo que soy profano en astronomía, ignoro si el astro de que se trata es planeta, cometa, estrella nueva, ó cualquiera otra cosa; pero sé que poniéndonos en lo peor para la opinión vulgar, es decir, suponiendo que sea un cometa, su aparición es tan insignificante como el de un nuevo satélite que se descubriese á Júpiter ó Saturno. Está demostrado hace mucho tiempo que los cometas no son simples meteoros, engendrados fortuitamente en el ayre por la inflamación de algunos vapores, como lo creía el rancio Peripato, sino astros que invisibles al principio para nosotros, aumentan poco á poco su esplendor y su velocidad, y disminuyéndolos después por los mismos períodos,